

C a b i r i a

Historia contemporánea y cine

3

Director de la colecció

Ludovico LONGHI
Universitat Autònoma de Barcelona

Comité científico

Magí CRUSELLS
Centre d'Investigacions Film-Història

András LÉNÁRT
Universidad de Szeged

Alejandra F. RODRÍGUEZ
Universidad Nacional de Quilmes

Francesc Sánchez BARBA
Centre d'Investigacions Film-Història

C a b i r i a

Historia contemporánea y cine

El nombre de *Cabiria* es emblemático en la Historia del Cine. Fue la protagonista del gran péplum de Giovanni Pastrone (1914) y de la obra maestra de Federico Fellini, *Le notti di Cabiria* (1957), Oscar de Hollywood a la Mejor película de habla no inglesa. Por eso esta colección de cine histórico rinde homenaje a ambos filmes que reflejan la sociedad de su tiempo y cómo se veía el pasado desde la contemporaneidad.



Contenido web

Francesc Sánchez Barba

Visiones de la amistad

El cine del reencuentro





Aracne editrice

www.aracneeditrice.it
info@aracneeditrice.it

Copyright © MMXIX
Giacchino Onorati editore S.r.l. – unipersonale

www.giacchinoonoratieditore.it
info@giacchinoonoratieditore.it

via Vittorio Veneto, 20
00020 Canterano (RM)
(06) 45551463

ISBN 978-88-255-2581-6

*Reservados todos los derechos internacionales de traducción,
digitalización, reproducción y transmisión de la obra en parte o
en su totalidad en cualquier medio, formato y soporte.*

*No se permiten las fotocopias
sin autorización por escrito del editor.*

I edición: julio 2019

Al amigo y maestro José María Caparrós

Índice general

11 *Introducción*

Primera Parte

29 Capítulo I
Sobre la amistad

43 Capítulo II
Redes de apoyo

55 Capítulo III
Rituales del reencuentro

67 Capítulo IV
Nuevos retos para la sociabilidad

Segunda Parte

79 Capítulo I
La amistad y el cine del reencuentro
1.1. Rituales, 82 – 1.2. Núcleos familiares a prueba, 99 – 1.3. Proyectos y sueños, 111 – 1.4. Hay que reunir a la banda, 121 – 1.5. Despedida y muerte cohesionadora, 125 – 1.6. Lugares para el apoyo y el encuentro, 135

147 Capítulo II
Propuestas de trabajo ante la inquietud. Hacia un futuro esperanzador

157 *Bibliografía*

161 *Filmografía básica*

Introducción

El ensayo que se presenta a continuación se enmarca en una corriente de investigación fílmica impulsada en las últimas décadas por el *Centre d'Investigacions Film-Història* que se acerca a las imágenes en movimiento (pertenezcan al cine documental o al de ficción) dada su importancia como fuentes de conocimiento de nuestro pasado. Ese planteamiento irrenunciable se ha ido extendiendo con aportaciones de diferentes campos (Filosofía, Antropología, Literatura, Música, Comunicación...) que también se conjugarían con los presupuestos y objetivos de la *historia total* reclamada por importantes corrientes de la historiografía del siglo XX.

En ese afán de iniciar nuevas aplicaciones y perspectivas desde ese mismo enfoque se inserta *Visiones de la amistad. El cine del reencontro*. El trabajo se centra en grupos y formaciones sociales como las redes de amigos y amigas, bien estudiados por las Ciencias Sociales, que serán examinados a partir de un material fílmico extenso y seleccionado en base a criterios que se explicitarán más adelante. Puede anticiparse que, en este estudio, se priorizarán relaciones que quedarían fuera de otras más estudiadas como el parentesco, el patronazgo o aquellas que surgen del mundo del trabajo pese a que, como se verá, las conexiones con esas y otras instituciones y entornos sociales pueden existir. No se ha eludido incorporar la cuestión de género como un aspecto relevante en algunas producciones. Los lugares escogidos, los comportamientos o los lazos establecidos pueden desarrollarse de una manera particularmente diferente si el grupo está constituido, más allá de la generación a la que pertenecen, únicamente por mujeres u hombres o por múltiples identidades genéricas.

Más allá de las actuaciones institucionales, los encuentros, las celebraciones o incluso el compartir cualquier tragedia o pérdida, las personas se reúnen en diferentes marcos, frecuentemente relacionados con la esfera de lo privado, construyendo o perpetuando rituales y ce-

remonias más o menos definidas que serán aquí objeto de estudio. En esos escenarios, los amigos y amigas se buscan, se reencuentran, se acercan y se dan fuerzas, reconstituyendo pequeños y sólidos núcleos para los que el tiempo parece haberse detenido y hasta congelado. Cuando se hace balance de nuestras apariciones públicas a lo largo de nuestra propia existencia — algo que en el trabajo docente se observa cuando demandamos que los hijos entrevisten a sus padres y madres — se comprueba que no son tan numerosos los acontecimientos a los que nuestros recuerdos asignan un especial valor. Seguro que, en esa corta lista, en la que se puede seguir el rastro de todo aquello que rompe o suspende la rutina (viajes, cambios de domicilio o trabajo, enfermedades o lesiones...) tiene un lugar privilegiado el reencuentro de aquellos que, por diferentes motivos, están alejados, pero poseen una historia común, ligada a menudo a la escuela, a asociaciones juveniles o intergeneracionales como una banda de música o una entidad no gubernamental, a las primeras experiencias laborales o al vecindario. Es en ese fino tejido de porosidades y capilaridades, en ese territorio fronterizo entre lo cotidiano y su ausencia, lejanía o ruptura en el que se instala nuestra lente de observación y que constituye la propuesta de este texto.

Veintisiete películas (con dos documentales entre ellas) son analizadas como fuentes para aproximarnos no sólo a la mentalidad de los artistas y profesionales que se colocan detrás y delante de las cámaras sino a las experiencias que, a través de ellas, nos son transmitidas. Se trata de narraciones que, extraídas a partir de retazos de vivencias propias y experiencias vistas o imaginadas, inciden en cómo pequeños grupos de socialización casi primaria pueden, en base a su cohesión interna, cumplir una importante función en la sociedad actual. La recopilación de títulos que se presenta en la sección dedicada a la filmografía básica demostrará que ese cine de la amistad y del reencuentro goza de buena salud y, de paso, que reclama el papel que debe jugar el relato fílmico como material portador de representaciones, emociones y sueños compartidos por todos.

Por otra parte, los peores escenarios dibujados por las Ciencias Sociales para las primeras décadas del siglo XXI indican que, progresivamente, algunas de las características más peculiares del ser humano, como las que se relacionan con los vínculos afectivos establecidos entre grupos primarios, quedarán reducidos a meros apéndices o, en todo caso, dispondrán de menos margen para el contacto directo, que se

vehicula o substituye a través de poderosas redes sociales que proporcionan más conectividad pero no siempre una cercanía palpable sin interfaces o tecnologías de la comunicación. Desfasados e inútiles para muchos, estos vínculos son vistos como meros residuos de un pasado, relacionados con instituciones caducas o con comunidades aldeanas calificadas de ancestrales. Triunfo de lo individual sobre lo colectivo, los logros personales son proclamados a los cuatro vientos por encima de los valores comunitarios. Se dibuja una nueva realidad, en la que los flujos de población y los cambios de mentalidad se subordinarían, cada vez más, a los designios de una nueva economía que rinde pleitesía a la velocidad y al cambio permanente. La incertidumbre y la provisionalidad/precariedad de trabajadores y ciudadanos, se nos advierte, dejan paso a una identificación, consciente o no, con las leyes del mercado y de la competencia, con la movilidad y el cambio permanente como enseñanzas de los nuevos tiempos. Pese a la necesidad de consolidar o mantener el Estado del bienestar y de promover valores universales como la igualdad, la cooperación o la solidaridad, buena parte de estas tareas son encomendadas a un tejido asociativo y a grupos y organizaciones que no siempre encuentran facilidades y fondos para desarrollar sus finalidades.

Siguiendo esa especie de percepción algo distópica de nuestro mundo, los individuos aparecerían cada vez más distanciados físicamente posponiendo lo que se podría llamar el currículum de desarrollo afectivo y personal por un torbellino de exigencias: de formación, cultura, empleabilidad, capacidades físicas (incluso de deportes de riesgo) y procesamiento acelerado de la diversidad planetaria gracias a la disponibilidad de viajes a precios reducidos, a los cursos de idiomas o a los intercambios y prácticas profesionales y/o universitarias. En ese universo dibujado esquemáticamente se ha prescindido, deliberadamente, de un buen número de identificaciones, sueños, proyectos y vaivenes emocionales que completarían el perfil y la carga de humanidad que, en voz baja, todos invocamos. Como si de un fino corte se tratara, para obtener una muestra con la que analizar un tejido en el portaobjetos del microscopio, este trabajo pretende resituar el estado de la cuestión de ese cúmulo de percepciones, representaciones y sentimientos que se mueven alrededor de los grupos de pertenencia. ¡Nos explicaremos!

El planteamiento que ofrece este trabajo es muy simple: aislar, de forma casi experimental, un vínculo, un estado, un conjunto de afectos

y relaciones que, convenimos en llamar *amistad* a través del cual los individuos se reconocen como “incluidos en”, interaccionan, proyectan y experimentan sentimientos intensos. Aunque más adelante acotaremos con precisión lo que se quiere decir al hablar de esa relación vital, anotemos que esa conexión afectiva se ha de caracterizar por ser: significativa, seriada, auténtica, catalizadora de emociones puras, expendedora de valores largamente debatidos pero consensuados, solidaria, atenta y, pese a algunos baches y dificultades, estable. Persisten las dudas: ¿Es una categoría más del amor? ¿En qué se diferencia de los vínculos del parentesco? ¿Es un simple episodio de la camaradería que nace entre los compañeros/as de la escuela o del trabajo o, de la vecindad? ¿Cambia su esencia con el paso de los años? ¿Existen modalidades y grados diferentes en cada cultura y época? ¿Crece y se desarrolla utilizando rituales y prácticas seriadas? ¿Es una simple caja de resonancia para nuestras emociones y preocupaciones o puede ser uno de los ejes fundamentales de nuestra identidad social potenciando nuestra propia autoestima?

Una voz autorizada como la del sociólogo Alain Touraine¹ establecía en un trabajo clásico las claves de la sociabilidad que es «orientación del sujeto hacia el prójimo y no imperio de la colectividad sobre el actor». Los grupos de amigos y camaradas están regulados por valores y nociones como la legitimidad, las sanciones, los pactos e incluso pueden obrar como agentes para la acción social en la medida en que — siguiendo la definición clásica de Weber — «los individuos que actúan tienen en cuenta el comportamiento de los otros actores y son afectados por ellos en su desarrollo» y esa interacción no es sólo un vínculo experimentado sino una comunicación que emerge de cada uno de los sujetos. De hecho, en la sociología de la *acción* tal y como la presenta Touraine se contemplan tres esferas o experiencias significativas y, en la actualidad, algo desdibujadas: 1) la del *trabajo*, que reclama una centralidad de la que no siempre ha hecho gala; 2) la de la *sociabilidad*, en la que se situarían aquellos grupos relacionados por lazos de parentesco, amistad, amor... y, por último, 3) la propia *existencia humana* que debe atender a aspectos biológicos básicos como la salud, la protección, el alimento, la ubicación en un hábitat y terri-

¹ TOURAINE A., *Sociología de la acción*, Ediciones Ariel S.A., Esplugues de Llobregat, 1969, pp. 69–70.

torio o la supervivencia en el marco de una tribu o comunidad. En teoría, la aceptación de las reglas sociales, explicitadas o no, se convierte en fuente de gratificación de los individuos y opera también entre los que establecen una relación de amistad.

En la línea del pesimismo expresado por algunas corrientes sociológicas desde los años sesenta, Touraine advierte que, tanto el trabajo en la sociedad industrial como la vida en las grandes urbes incrementan la tendencia de los individuos al retraimiento y a la práctica de ciertas actividades compensatorias, más estáticas que dinámicas, no siempre proclives a las relaciones sociales en el marco del vecindario como la asistencia a competiciones deportivas o la contemplación de programas televisivos de gran audiencia. Como se verá más adelante en la sección 2 dedicada a las *redes de apoyo*, no faltan pruebas de que los individuos entretejen relaciones incluso en medios supuestamente hostiles para ello. En el último capítulo se aportarán algunos ejemplos de films que, en los últimos años, se empeñan en contradecir o revertir algunos de los postulados fundamentales de este texto, en buena parte tras una década de crisis económica y de lenta recuperación en zonas específicas como la Europa mediterránea.

Una vez aclaradas las cuestiones planteadas (para lo cual los lectores deberán dirigirse amablemente a los capítulos insertados en la *primera parte*) se deberá especificar un poco mejor el objeto de estudio. Suponiendo que hayamos rastreado huellas más o menos frescas de las redes de la amistad nos proponemos estudiar, por medio de ejemplos extraídos de la ficción, cuáles son los episodios centrales en los que florecen o se fortalecen los vínculos entre los individuos. Sugerimos los siguientes: el encuentro o, aún mejor, el reencuentro; la reunión habitual en un café o bar; la despedida en un andén o muelle de embarque; la toma de conciencia forzada por una enfermedad o por la pérdida de un ser querido; los ritos de paso o la iniciación de la adolescencia a la madurez; la solidaridad vecinal o aquella otra que nace del trabajo codo con codo; la identificación que algunos sujetos experimentan con alguna actividad artística, cultural, terapéutica o vinculada al ocio, enmarcada en círculos más o menos cerrados o abiertos con restricciones y que pueden ser a su vez fuentes de constitución de redes sociales de proximidad o comunidades de intereses y de proyectos.

Una vez contextualizadas esas experiencias vitales, pueden ser estudiadas a partir de la luz que proyectan en nuestro imaginario colec-

tivo, en nuestras representaciones cotidianas, en nuestras conversaciones o en nuestros sentimientos más íntimos: la iluminación no puede ser directa, se necesita el material de la ficción en el que se proyecta tanto lo experimentado como lo deseado y en el que aparecen nuestros anhelos y nuestros fantasmas. Catalizando emociones vividas o presentidas, dando vida a inquietudes, solidificando y construyendo nuestro propio pasado, el material dramático — que registra nuestro cerebro a partir de diversos lenguajes, canales de percepción y memorización— alimenta nuestro proyecto de vida, nos anticipa conflictos y decisiones y nos refuerza el sentimiento de pertenencia a un grupo y a una colectividad.

En esa búsqueda inicial se nos aparece una puesta en escena con valor propio: la reunión, el encuentro (o el reencuentro, o incluso el desencuentro), la celebración. Episódica, motivada a menudo por los propios ritmos de la vida (desde el nacimiento a la muerte), escoge sólo algunos individuos, unidos por algunas características comunes, reconocidos por los otros integrantes del grupo. En ese emplazamiento que sitúa contextos específicos tendremos que, con mentalidad de naturalista, escoger un núcleo de propiedades significativas. Para los antropólogos y sociólogos, estos encierros no forzados podrían ejercer aquellas funcionalidades asignadas a las fiestas: suspensión de la cotidianidad, intercambiabilidad provisional de roles, sentimientos de *pertenencia a*, aceptación de las diferenciaciones sociales, mantenimiento de los lazos e identidades comunitarias, exaltación de algunos elementos determinados, ritualidad, reciprocidad entre los individuos, exhibición de magnanimidad y generosidad de los poderosos (incrementando el consumo exagerado de provisiones) certificando las fidelidades (como en los banquetes medievales), ofrendas a elementos sagrados, reconstrucción de pasados míticos, etc.

Para delimitar el pequeño núcleo de “vida social” a examen cabrá enumerar con precisión algunos requisitos:

1. se reconocerá fácilmente una visión generalizada de *pertenencia a*, con durabilidad a lo largo de diferentes épocas, muy a menudo identificadas con las fases evolutivas de los seres humanos (adolescencia, madurez...), constatándose una necesidad periódica de acercamiento que implique iniciativas concretas y una planificación para coordinar los tiempos y los lugares del reencuentro;

2. aunque existan posibilidades para renovar e incorporar nuevos sujetos, se reconocerá una cierta estabilidad en cuanto al núcleo básico y constante del grupo sin descartarse un auténtico juego de aproximaciones, distanciamientos y retornos, salidas obligadas, expulsiones o invitaciones a otros individuos que se relacionan con ese grupo sin pertenecer a él. Normalmente, en ese conjunto arracimado de seres emergerá un aireamiento de cuitas pasadas, la salida a flote de conflictos soterrados, las despedidas y reencuentros (dibujándose claramente un fuera–dentro y acotándose un tiempo anterior y posterior al encuentro) con un fuerte aislamiento del medio social en el que habitualmente se mueven los personajes que forman parte del relato. Pese a todo, puede incluirse la movilidad (el mismo tránsito puede constituirse como iniciático y establecer las señas de identidad de los que tuvieron esa experiencia) puesto que algunas de esos cíclicos encuentros se inician simplemente con un “volver a” o un “viajar hacia” que engrase los mecanismos de reunificación tal vez deteriorados por una larga separación. Seguramente el recuerdo de una experiencia pasada se sitúa en un punto concreto del territorio, aunque pueda quedar como alejado e irrecuperable (la tierra de origen de unos emigrantes, la casa o el pueblo destruido, etc.);
3. se perfila un número mínimo necesario: no menos de 4 para que se produzcan o puedan producir nuevas agrupaciones y para que, de entrada, no quede nadie aislado, como podría suceder con el 3 desde el momento en que dos de los sujetos estableciesen un nexo más sólido. Habrá que esperar al análisis de los ejemplos para observar detenidamente qué pasa cuando el grupo es muy numeroso (ya que no marcamos un máximo reconocible) aunque, probablemente, el número no pueda sobrepasar los límites de una familia extensa, de asistentes a una determinada celebración o de un grupo de amigos y amigas que en un barrio o en una localidad cualquiera no pueden ser infinitos;
4. se excluirá todo aquel contacto o encuentro en el que el carácter coercitivo o la emergencia de la situación conlleve una convivencia continuada y obligada. De esta manera, unos pasajeros que comparten un bote en un naufragio, presos que transitan en la misma prisión... pese a que establezcan sus alianzas y fortalezcan sus vínculos, originan su comportamiento en un deseo de

abandonar ese enclaustramiento o entorno hostil². Relatos de Julio Verne (*Dos años de vacaciones*) o de William Golding (*El señor de las moscas*) sobre niños y niñas abandonados a su suerte en un islote perdido son interesantes estudios de construcción de microsociedades, espontánea o culturalmente jerarquizadas, pero no un ejemplo de inclusiones deliberadas y permanentes. Compartir una experiencia traumática podría llevar en todo caso a un ejercicio posterior de reencuentro, pero normalmente la ficción da por concluida la trama en el momento en que se ha salido del encierro y de los efectos que se deriven de él. Muy a menudo el recuerdo de una difícil situación enfrenta a cada individuo a un pasado respetado y temido que visita a los sujetos en las pesadillas nocturnas y que, como sucede en la literatura concentracionaria, se elude hasta el momento en que se desea exorcizar los fantasmas o se quiere reconstruir el pasado como un ejercicio de pedagogía dirigido a la comunidad o al mundo en general;

5. en el acercamiento no ha de existir una ritualidad o carácter oficial excesivos — piénsese por ejemplo en una ceremonia religiosa o en una ceremonia masónica o en la entrega de renombrados premios literarios — aunque, lógicamente, se detecten algunos tics y hábitos autoimpuestos, reconocidos por todos y sin vocación de universalidad. En todo caso los gestos repetidos y los actos recurrentes pueden servir como un lienzo sobre el que se plasmen las operaciones emocionales y los juegos de interrelación entre los miembros; un armazón al que sujetarse, a partir del cual construir esa pequeña comunidad que se reconoce intransferible y duradera. Así acontecía en la despedida del sujeto que se sacrifica por su comunidad en una guerra o cruzada y se sigue produciendo en los ritos de paso que, pese a incorporar un carácter semifestivo, no se distancian suficientemente de auténticos riesgos contraídos por aquellos púberes, sometidos a una sucesión de pruebas y estadios;

² Se excluyen por tanto algunos eventos no menos interesantes: la reunión de un jurado que delibera, el aislamiento en una casa por una tormenta o por la investigación de un crimen, o la espera en un hotel ante una adopción o para superar un trámite de una embajada. Los lectores podrán realizar un ejercicio de memoria localizando más de una obra focalizada en alguna cohabitación no deseada.

6. dado que, caso de existir, el objetivo de estas formaciones sociales, no es el de cambiar el mundo en el que se vive, o el de consolidar diferencias sociales o de *status*, sino el de perpetuar unos vínculos afectivos, originados en un tiempo casi remoto — de ahí la fuerza de las instituciones de socialización en la concreción de los grupos —, sin reflexión previa y con algunas gotas de espontaneidad, se excluirán los partidos políticos, los sindicatos y los clubes o aquellos movimientos que en el sí de las empresas se realizan para coordinar equipos y mandos o para aplicar y acordar estrategias, atendiendo a objetivos basados en la productividad, el crecimiento o la mejora del clima de trabajo. Aunque puedan encontrarse vivencias, elementos y propuestas interesantes, sólo con carácter excepcional en la sección 5.4. serán analizados dos ejemplos concretos en base a diferentes agrupaciones musicales (una banda, una coral o una orquesta) ya que, normalmente, están orientados hacia la profesionalización de sus componentes. Asimismo, la voluntad de mejora técnica y el rendimiento productivo es inherente en una formación deportiva, escuela, o grupo excursionista, dedicados a una actividad concreta. La convivencia puede acoger el nacimiento de una unidad significativa pero esos lazos funcionarán más allá de los objetivos marcados por el cursillo o la entidad. No se descarta una fuerte vida social en la actividad parroquial, en las mezquitas o, en las últimas décadas, especialmente en Norteamérica, en los encuentros de familias de cristianos activos que, con propósitos a menudo sectarios, buscan reforzar determinadas líneas de actuación y fortalecer una organización que pueda actuar como grupo de presión en las comunidades y estados pero que igualmente se alejaría de nuestra tarea;
7. deberá existir un territorio o lugar de reunión determinado y parcialmente separado del espacio público de la calle o del barrio. Así, puede contraponerse la necesidad de la intimidad, exacerbada en las culturas avanzadas o entre las clases sociales más favorecidas frente a comunidades o culturas (mediterráneas, árabes...) cuyos hogares están llenos constantemente de familiares y parientes. En ese caso se hacen más difíciles esos encuentros y las celebraciones pueden tener un carácter más selectivo, acorde con el calendario de las fiestas colectivas. Sólo los cafés, las peluquerías, estancos o mercados podrán funcionar como es-

pacios de socialización, pese al constante tránsito de la clientela y a la contaminación de los contactos y encuentros por factores difusos que tienen que ver con la propia actividad comercial.

Sin descartar más de una sorpresa en el análisis de algunos ejemplos concretos, entre los temas habituales que reproducen y dialogan con la realidad, hay que mencionar los siguientes:

- a) la despedida de un enfermo grave, la reunión que antecede, acompaña o prosigue a la muerte, presentida o inesperada con algunas derivaciones peculiares como la lectura del testamento, o la investigación o reconstrucción del pasado de un familiar: el patriarca es donador de prebendas, herencia o regalos a cambio de la fidelidad y de la obediencia y puede dejar constancia de proximidades y afectos por la vía del reparto de sus riquezas. Esa pérdida puede provocar el viaje desde otro punto del planeta o diversos desplazamientos con los consabidos efectos laborales o personales. La distancia, pese al papel de las nuevas tecnologías de la comunicación, sólo puede ser neutralizada con el regreso a un medio conocido que dará paso a un contacto físico y grupal más directo;
- b) la boda o la unión (matrimonial o, de hecho) siempre y cuando contenga una dimensión propia y supere el *tempo* que, comercializado y frenético, se instaura en algunos casamientos convencionales. Las diversas situaciones que van surgiendo dan paso a un realineamiento entre miembros de las dos o más familias inmersas en esa celebración y, también, a una nueva posición de los cónyuges que se deslizan entre amistades, parientes y otros asistentes que interactuarán de múltiples maneras. Los ecos de este apartado se pueden extender a los sucesivos encuentros generados tras sumar un determinado periplo conyugal. De forma similar, el alcanzar una determinada edad, especialmente al inaugurarse una nueva década — y aún el siglo entero tal y como desplegará en la ficción el director cinematográfico Carlos Saura en *Mamá cumple 100 años* — puede dar paso a situaciones dignas de estudio;
- c) el despliegue de algunas tradiciones cuyo objetivo básico es el de reunir (normalmente alrededor de la mesa o del hogar del patriarca) a los desperdigados miembros de una familia o comuni-